

PRIMERA JORNADA

LA LLAVE

PRIMERA JORNADA

LA LLAVE

Un jardín iluminado para una fiesta nocturna. A la derecha, un palacio resplandeciente de luz, con una puerta que da al jardín y una galería formando arcadas en la planta baja, por la que se ven circular los convidados á la fiesta. Junto á la puerta, un banco de piedra. A la izquierda otro banco, en el que se distingue por entre la obscuridad á un hombre dormido. En el fondo, por encima de los árboles, se ve la negra silueta de Padua en el siglo xvi, sobre un cielo claro. En el interior del palacio suena melodiosa música. Hacia el final del acto amanece.

ESCENA PRIMERA

LA TISBE, vestida ricamente de fiesta; ANGELO MALIPIERI, con la toga duca! y la estola de oro; HOMODEI, dormido; viste largo capote de lana obscura, abrochado por delante y calzones encarnados; junto á él tiene una guitarra.

LA TISBE

Sí, vos sois aquí el amo, monseñor; sois el magnífico podestá, poseéis el derecho de vida y muerte, todo poderío, toda libertad. Sois el enviado de Venecia; y por dondequiera que vais, parece que se ve la faz y la majestad de aquella república. Cuando pasáis por la calle, monseñor, las ventanas se cierran, los transeuntes se alejan, y tiembla el interior de las vi-

viendas. ¡Ay! Esos pobres paduanos no se muestran más altivos y tranquilos ante vos que si fueran hijos de Constantinopla y vos el Turco. Sí, así es. ¡Ah! Yo he estado en Brescia. Allí es otra cosa. Venecia no se atrevería á tratar á Brescia como trata á Padua. Brescia se defendería. Cuando la mano de Venecia castiga, Brescia muerdé, Padua lame. Es una vergüenza. Pues bien, aunque seáis aquí el amo de todos, y aunque pretendéis serlo mío, escuchadme, monseñor, voy á deciros la verdad. No temáis, no os hablaré de los negocios de Estado, sino de los vuestros. Pues bien, sí, os lo digo, sois un hombre extraño y no os comprendo. ¡Estáis enamorado de mí y tenéis celos de vuestra esposa!

ANGELO

También tengo celos de vos, señora.

LA TISBE

¡Por Dios, que no necesitáis decírmelo! Por otra parte, no tenéis derecho á estarlo, porque no os pertenezco. Yo paso aquí por vuestra amante, por vuestra todopoderosa amante; pero no lo soy, bien lo sabéis.

ANGELO

Señora, esta fiesta es magnífica.

LA TISBE

¡Ah! No soy más que una pobre comediante de teatro, pero puedo permitirme dar estas fiestas á los senadores, y procuro divertir á nuestro amo, si bien hoy no me resulta cosa fácil. Vuestro semblante está más sombrío que la negrura de mi máscara. En vano prodigo lámparas y luminarias, la sombra persiste en vuestra frente. Lo que yo os doy en música, no me lo

devolvéis en alegría, monseñor. ¡Ea, sonreid de una vez!

ANGELO

Sí, ya me sonrío. ¿No me digisteis que aquel joven que llegó con vos á Padua era hermano vuestro?

LA TISBE

Sí. ¿Y qué más?

ANGELO

Hace un momento le hablasteis. ¿Y quién es el otro que estaba con él?

LA TISBE

Un amigo suyo. Un vicentino llamado Anafesto Galeofa.

ANGELO

Y vuestro hermano, ¿cómo se llama?

LA TISBE

Rodolfo, monseñor, Rodolfo. Veinte veces os lo he repetido. ¿No se os ocurre nada más agradable que decirme?

ANGELO

Perdonad, Tisbe, ya no os haré más preguntas. Habéis de saber que ayer representasteis la Rosmunda de un modo maravilloso, que esta ciudad es muy dichosa por albergaros, y que toda Italia, que os admira, Tisbe, envidia á esos paduanos que tanto compadecéis. ¡Ah! Toda esa multitud que os aplaude me importuna. Y muero de celos al veros tan hermosa blanco de tantas miradas. ¡Ah, Tisbe! ¿Quién es ese hombre enmascarado con quien hablasteis esta noche entre dos puertas?

LA TISBE

Perdonad, Tisbe, ya no os haré más preguntas. Está muy bien. Ese hombre, monseñor, es Virgilio Tasca.

ANGELO

¿Mi lugarteniente?

LA TISBE

Vuestro esbirro.

ANGELO

¿Y qué queríais de él?

LA TISBE

Ahora caeríais en vuestras propias redes, si se me antojara no decíroslo.

ANGELO

¡Tisbe!...

LA TISBE

Pero no, soy buena; ahí va la historia. Ya sabéis quién soy: nada, una hija del pueblo, una comedianta, una cosa que hoy acariciáis y que romperéis mañana... como un juguete. Pues bien; por poca cosa que yo sea, he tenido una madre. ¿Sabéis lo que es tener una madre? ¿La habéis tenido vos? ¿Sabéis lo que es ser niño, ser un pobre niño, débil, desnudo, miserable, hambriento, solo en el mundo, y sentir á vuestro lado, á vuestro alrededor, por encima vuestro, andando cuando andáis, deteniéndose cuando os detenéis, sonriendo cuando lloráis, á una mujer...—no, aun no se sabe lo que es una mujer—, á un ángel que está con vos, que os mira, que os enseña á hablar,

que os enseña á sonreír, que os enseña á amar? ¡Que caliente vuestros dedos en sus manos, vuestro cuerpo en sus rodillas, vuestra alma en su corazón! ¡Que os da su leche cuando sois pequeñuelo, su pan cuando sois mayor, y su vida siempre! ¡A quien llamáis madre! ¡Y que os llama hijo mío de una manera tan dulce, que esas dos palabras solas regocijan á Dios! Pues bien; yo tenía una madre así. Era una pobre mujer sin marido, que cantaba canciones morlacas por las calles de Brescia. Yo iba con ella. Y nos arrojaban alguna moneda. Así empecé. Mi madre solía situarse al pie de la estatua de Gatta Melata. Un día, parece que en la canción que cantaba sin comprenderla había algún verso ofensivo para la señoría de Venecia, lo cual dió que reír á algunos criados de una embajada que estaban escuchando. En esto pasó un senador. Vió la risa y oyó la alusión, y sin más, dice al capitán mayor que le seguía: —¡A la horca esa mujer! En el Estado de Venecia, estas cosas se hacen pronto. Mi madre fué presa inmediatamente. Nada dijo. ¿Y de qué le hubiera servido? Me besó, dejando caer una gruesa lágrima sobre mi frente, asió su crucifijo y se dejó maniatar. Aun lo estoy viendo aquel crucifijo. Era de cobre pulimentado. Mi nombre, *Tisbe*, estaba groseramente escrito abajo con la punta de un estilete. Tenía yo entonces diez y seis años, y miraba como aquellos hombres ataban á mi madre, sin poder proferir una palabra, ni gritar, ni llorar, inmóvil, petrificada, muerta, como si soñara. La muchedumbre también permanecía silenciosa. Pero con el senador iba una niña, á la que llevaba de la mano, seguramente hija suya, la cual de pronto se movió á piedad. Era una linda muchacha, señor. La pobre niña se arrojó á los pies del senador, y lloró tanto, con lágrimas tan suplicantes y con tan hermosos ojos, que obtuvo gracia para mi madre. Sí, monseñor. Apenas

la desataron tomó mi madre el crucifijo y lo entregó á la hermosa niña, diciéndole: — ¡Señora, guardad este crucifijo, que os traerá buena suerte! Pasado algún tiempo murió mi madre, ¡santa mujer!, y yo me he enriquecido, y ardo en deseos de conocer á aquella niña, á aquel ángel que salvó á mi madre. ¿Quién sabe? Ahora será ya mujer y tal vez desgraciada. Puede que necesite de mí á su vez. En todas las ciudades á donde voy, hago que se me presente el esbirro, el preboste, el jefe de policía, y le cuento la aventura; al que encuentre á la mujer que busco, le daré diez mil cequíes de oro. Ahí tenéis explicado el motivo de mi conversación con vuestro alguacil Virgilio Tasca. ¿Estáis contento?

ANGELO

¡Diez mil cequíes de oro! ¿Y qué le daréis entonces á la misma mujer cuando la encontréis?

LA TISBE

Mi vida, si la quiere.

ANGELO

¿Y cómo la reconoceréis?

LA TISBE

Por el crucifijo de mi madre.

ANGELO

¡Bah! Ya lo habrá perdido.

LA TISBE

¡No, no! No se pierde lo que se ha ganado así.

ANGELO, fijándose en HOMODEI

¡Señora, señora, allí hay un hombre! ¡Apuesto á que lo sabíais! ¿Quién es ese hombre?

LA TISBE, riéndose

¡Sí, sin duda! ¡Sé que hay un hombre! ¡Y sé, además, que duerme! ¡Y que duerme como un bendito! No vayáis á asustaros de ese hombre. Es mi pobre Homodei.

ANGELO

¡Homodei! ¿Y quién es ese Homodei?

LA TISBE

Ese Homodei, monseñor, es un hombre, como la Tisbe es una mujer. Homodei, monseñor, es un tañedor de guitarra, que monseñor el primicerio de San Marcos, gran amigo mío, me ha dirigido últimamente con una carta, que os mostraré, ¡celoso empedernido! Por cierto que á la carta iba unido un presente.

ANGELO

¡Cómo!

LA TISBE

¡Oh, un verdadero presente veneciano! Una cajita que contiene simplemente dos frascos, uno blanco y otro negro. En el blanco hay un narcótico tan poderoso, que hace dormir doce horas con un sueño parecido á la muerte. El negro contiene un veneno, el terrible veneno que Malaspina propinó al Papa en una píldora de áloes, como sabéis. Monseñor el primicerio me escribe que eso puede servir si se ofrece ocasión. Ya lo veis, una galantería. Por otra parte, el reverendo primicerio me avisa que el pobre hombre, portador de la carta y del presente, es idiota. Vos hubierais debido verle, pues hace quince días que está aquí, comiendo en la despensa, acostándose en el pri-

mer rincón que encuentra, según su costumbre, tañendo y cantando mientras espera marcharse á Vicenza. Ahora viene de Venecia. ¡Ay! Mi madre anduvo errando así. Conmigo permanecerá todo el tiempo que quiera. Esta noche ha divertido un rato á la compañía; pero como nuestra fiesta no le distrae, se ha dormido. Ya veis si es sencillo todo esto.

ANGELO

¿Me respondéis de ese hombre?

LA TISBE

¿Os chanceáis? ¡Buena ocasión para poner este ceño! ¡Un tañedor de guitarra, un idiota, un hombre dormido! Pero, señor podestá, ¿qué es lo que os pasa? Os pasáis la vida preguntando por éste, por el de más allá. Todo os da sombra. ¿Son celos ó es miedo?

ANGELO

Las dos cosas.

LA TISBE

Comprendo que tengáis celos, porque os creéis obligado á vigilar á dos mujeres. ¿Pero miedo? ¡Vos que, por el contrario, sois el amo y atemorizáis á todo el mundo!

ANGELO

Primer motivo para temblar.

(Acercándose á ella y bajando la voz.)

Escuchad, Tisbe. Sí, vos lo habéis dicho, todo lo puedo aquí; soy señor, déspota y soberano de esta ciudad; soy el podestá que Venecia impone á Padua, la garra del tigre sobre el cordero. Sí, soy todopoderoso. Mas, por absoluto que yo sea, oidlo bien, Tisbe, está por

encima de mí una cosa grande y terrible, llena de tinieblas, está Venecia. ¿Y sabéis lo que es Venecia, pobre Tisbe? Venecia, voy á deciroslo, es la inquisi-



ción de Estado, es el consejo de los Diez. ¡Oh! ¡El consejo de los Diez! Hablemos bajo, Tisbe, porque tal vez nos está escuchando por algún lado. Unos hombres que ninguno de nosotros conoce y que nos conocen á todos; unos hombres que no están visibles en ninguna ceremonia y que son visibles en todos los

patíbulos; unos hombres que tienen en sus manos todas las cabezas, la vuestra, la mía, la del dux, y que no ostentan manto, ni estola, ni corona, nada que les designe á los ojos, nada que pueda hacerlos decir: ¡éste es uno de los Diez! Un signo misterioso debajo de sus vestidos á lo sumo; agentes por todas partes, esbirros por todas partes, verdugos por todas partes; unos hombres que no muestran jamás al pueblo de Venecia otros semblantes que esas sombrías bocas de bronce siempre abiertas bajo los pórticos de San Marcos, bocas fatales que la muchedumbre cree mudas, pero que hablan de un modo muy alto y muy terrible, pues dicen á todo el que pasa: ¡denunciad! Y una vez denunciado, os prenden; y una vez preso, se acabó. En Venecia todo se hace en secreto, entre el misterio, con seguridad. Condenado y ejecutado; nada hay que ver, nada que decir; no es posible un grito, ni una mirada útil; para el paciente hay una mordaza, una máscara para el verdugo. ¿Qué os decía del patíbulo hace un momento? Me equivocaba. En Venecia no hay quien muera en el patíbulo; desaparece. A lo mejor una familia echa de menos á uno de los suyos. ¿Qué ha sido de él? Los plomos, los pozos, el canal Órfano lo saben. Alguna vez, en la obscuridad de la noche, oís caer algo en el agua. Acelerad el paso entonces. Por lo demás, bailes, festines, luminarias, músicas, góndolas, teatros, carnaval de cinco meses, esa es Venecia. Vos, Tisbe, mi bella comedianta, no conocéis más que este aspecto; yo, senador, conozco el otro. Habéis de saber que en todos los palacios, en el del dux, en el mío, ignorándolo el mismo que lo habita, hay un pasillo secreto, perpetuo espía de todas las salas, de todos los aposentos, de todas las alcobas; un corredor tenebroso, cuyas puertas conocen otras personas ajenas á vos, y que sentís culebrear á vuestro alrededor sin saber precisamente en donde

está; una misteriosa mina por donde van y vienen sin cesar hombres desconocidos que ejecutan alguna cosa. ¡Cuántas venganzas personales se forjan en su interior y andan por entre sus sombras! A menudo, durante la noche, me incorporo, escucho y oigo pasos en la pared. Ya veis, Tisbe, bajo qué presión vivo. Yo peso sobre Padua, pero esto pesa sobre mí. Tengo la misión de dominar á Padua. Me mandan que sea terrible. Y no soy déspota más que á condición de ser tirano. No me pidáis jamás gracia para nadie, pues como no sabría rehusárosela, me perderíais. Todo me es lícito para castigar, nada para perdonar. Sí, es lo cierto. Tirano de Padua, esclavo de Venecia. ¡Estoy rodeado de espías! ¡Oh, el consejo de los Diez! Encerrad á un obrero solo en una cueva y hacedle construir una cerradura; antes que la cerradura esté terminada, el consejo de los Diez tiene ya la llave en su bolsillo. ¡Ah, señora, el paje que me sirve me espía, el amigo que me saluda me espía, el sacerdote que me confiesa me espía, la mujer que me dice: — ¡Te amo!,—sí, Tisbe, ¡me espía!

LA TISBE

¡Señor!

ANGELO

Vos no me habéis dicho jamás que me amarais; no hablo de vos, Tisbe. Sí, os lo repito, todo aquel que me mira, es un ojo del consejo de los Diez; todo el que me escucha, es una oreja del consejo de los Diez; todo el que me toca, es una mano del consejo de los Diez, mano temible que palpa primero con detención y que os agarra bruscamente después. ¡Oh! ¡Con ser el magnífico podestá, no estoy seguro de que mañana vea aparecer súbitamente en mi aposento á un miserable esbirro que me mande seguirle, y, á pesar de

ser un miserable esbirro, le seguiré! ¿A dónde? A algún lugar profundo del que volverá á salir sin mí. Señora, pertenecer á Venecia, es estar colgado de un hilo. Decid, señora, si hay condición más sombría y severa que esta en que me hallo, asomado sobre esa ardiente hoguera que vos llamáis Padua, siempre cubierto el rostro con una máscara, desempeñando mi oficio de tirano, rodeado de asechanzas, de precauciones, de terrores, temiendo sin cesar alguna explosión y temblando á cada instante á la idea de ser víctima de mi propia obra, como el alquimista de su veneno. ¡Compadecedme y no me preguntéis por qué tiemblo, señora!

LA TISBE

Terrible situación, en efecto.

ANGELO

Sí, soy la herramienta que un pueblo utiliza para torturar á otro. Esas herramientas se gastan pronto y se rompen con frecuencia, Tisbe. ¡Ah! ¡Cuán desdichado soy! Para mí no hay más que una cosa buena en el mundo, vos. Empero, adivino perfectamente que no me amáis. ¿No amaréis á otro al menos?

LA TISBE

No, no. Calmaos.

ANGELO

Mal pronunciáis vuestra negativa.

LA TISBE

A fe mía, os lo digo como sé.

ANGELO

¡Ah! ¡Consiento en que no seáis mía; pero no seáis

de otro, Tisbe! Si llegara á enterarme de que otro...

LA TISBE

¡Si vierais qué poco simpático estáis cuando me miráis así!

ANGELO

¡Ah, Tisbe! ¿Cuándo me amaréis?

LA TISBE

Cuando todo el mundo os ame aquí.

ANGELO

¡Ay! Es igual; quedaos en Padua; no quiero que os marchéis de Padua, ¿lo oís? Si partierais, ¿qué sería de mi vida? ¡Vive Dios! Alguien se acerca. Hace rato que conversamos y habrán podido observarlo. Esto podría despertar las sospechas de Venecia. Os dejo.

(Deteniéndose y mostrando á HOMODEI.)

¿Me respondéis de ese hombre?

LA TISBE

Como de un niño que durmiese allí.

ANGELO

Viene vuestro hermano. Os dejo con él.

(Se va.)



ESCENA SEGUNDA

LA TISBE; RODOLFO, vestido de negro, severo, con una pluma negra en el birrete; HOMODEI siempre dormido

LA TISBE

¡Ah! ¡Es Rodolfo! ¡Rodolfo! Ven... ¡Cuánto te amo!

(Volviéndose hacia el lado por donde salió ANGELO.)

ANGELO

27

¡No, imbécil tirano! ¡No es mi hermano, es mi amante! Ven, Rodolfo, valiente soldado, noble proscrito, hombre generoso. Mírame bien; cara á cara. Eres hermoso y te amo.

RODOLFO

Tisbe...

LA TISBE

¿Por qué quisiste venir á Padua? Ya lo ves, hemos caído en el lazo. Ahora nos es imposible marcharnos. En tu situación, te ves precisado por todas partes á hacerte pasar por hermano mío. Ese podestá se ha enamorado de tu pobre Tisbe; nos tiene y no quiere soltarnos. Y, además, temo continuamente que descubra quién eres. ¡Ah, qué suplicio! Mas no importa; nada obtendrá de mí ese tirano. Estás bien seguro de ello, ¿verdad, Rodolfo? Pero me gustaría que te inquietaras. En primer lugar, quiero que tengas celos de mí.

RODOLFO

Vos sois una noble y encantadora mujer.

LA TISBE

¡Oh! Es que estoy celosa de ti, ¿lo ves? ¡Furiestamente celosa! ¡Y ese Angelo Malipieri, ese veneciano que me hablaba también de sus celos,—porque se imagina que está celoso ese hombre—y mezcla no sé cuántas cosas con ellos! ¡Ah! Cuando se está celoso, monseñor, no se ve Venecia, no se ve el consejo de los Diez, no se ve los esbirros, los espías, el canal Órfano; no se presenta ante los ojos más que una cosa: ¡los celos! Yo, Rodolfo, no puedo ver que hables á otras mujeres, nada más que hables, que me hace daño. ¿Qué derecho tienen á tus palabras?

¡Oh! ¡Una rival! ¡No me des jamás una rival, porque la mataría! ¡Cuánto te amo! Tú eres el único hombre á quien he amado. Mi vida ha sido triste por mucho tiempo, pero ahora resplandece. Tú eres mi luz. Tu amor es como un sol que me calienta. Los otros hombres me habían enfriado. ¡Por qué no te conocí diez años antes! Me parece que todas las fibras de mi corazón muertas de frío aun vivirían. ¡Qué dicha podernos hablar á solas un instante! ¡Qué locura cometimos viniendo á Padua! ¡Vivimos con tanta zozobra! ¡Rodolfo mío! ¡Sí, ahí le tenéis, es mi amante! ¡Digo... no; mi hermano! Me pongo loca de alegría cuando puedo hablarte con libertad. ¡Bien lo ves que estoy loca! ¿Me amas?

RODOLFO

¿Y quién no os amaría, Tisbe?

LA TISBE

Si sigues tratándome de vos, me enfadaré. Ahora que me acuerdo: ¿y mis invitados? No tengo más remedio que dejarme ver de ellos. Dime: hace algún tiempo que te veo triste. La verdad: ¿estás triste?

RODOLFO

No, Tisbe.

LA TISBE

¿No padeces?

RODOLFO

No.

LA TISBE

¿Estarías celoso?

RODOLFO

No.

LA TISBE

¡Pues yo quiero que estés celoso! ¡O es que no me amas! ¡Ea, fuera tristeza! El caso es que estoy temblando siempre. ¿Y tú, no estás inquieto? ¿Nadie sabe aquí que no eres mi hermano?

RODOLFO

Nadie, excepto Anafesto.

LA TISBE

Tu amigo... ¡Oh! Este es seguro.

(Entra ANAFESTO GALEOFA.)

Aquí está precisamente. Voy á confiarte á él por algunos instantes.

(Riendo.)

Señor Anafesto, cuidado de que no hable con ninguna mujer.

ANAFESTO, sonriendo

Idos tranquila, señora.

(La Tisbe se va.)